

ANÁLISIS DE ALGUNAS RELACIONES PERSONALES DE SANTA TERESA EN LAS FUNDACIONES

José María FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ

«El 2 de enero de 1582, partieron de Avila la madre Teresa y el padre Gracián con dirección a Burgos. Hacía más de seis años que lo había solicitado una viuda piadosa, Catalina de Tolosa, que había buscado una casa alquilada. La licencia del obispo se tenía por segura».

(De José María Fernández y otros: *Cinco ensayos sobre Santa Teresa de Jesús*, Madrid, Editora Nacional, 1984).

Me parece necesario advertir que los datos y conclusiones que ofreceré no son, en absoluto, apriorísticos, que no he pretendido nunca ver lo que dice la historia sobre la época sino estudiar exclusivamente el texto de *Las Fundaciones* y a partir de aquí intentar una explicación que, por supuesto, es revisable ampliando el análisis y los resultados a otros textos.

De los contactos personales de Santa Teresa con las personas que trató para llevar a buen término la empresa de *Las Fundaciones* destaca el hecho de que en cuatro de los quince conventos de monjas que fundó la Santa no hay referencias explícitas a las relaciones que necesariamente tuvo que mantener Teresa de Cepeda con las monjas (entiéndase con monjas concretas, con nombre o nombre y apellidos) que formaban la comunidad del nuevo convento. Se trata de las fundaciones de Malagón, Alba de Tormes, Segovia y Beas. La extrañeza ante el hecho llega a su culmen porque en seis de las fundaciones restantes se habla genérica o globalmente de las *monjas* y sólo en cinco ocasiones, Sevilla, Villanueva de la Jara, Palencia, Soria y Burgos, se concretan datos y se precisa su número.

La falta de atención personal a cada una de las monjas, con nombre y apellidos, que fueron el soporte humano de *Las Fundaciones* contrasta, por otra parte, con los numerosos párrafos, páginas y capítulos enteros dedicados a dar consejos, normas de vida y a contar ejemplos edificantes para las monjas *en general*. Para la comunidad del convento.

Este hecho constatado puede obedecer a causas como las siguientes ya que dada la estructuración social jerárquica y rígida en capas sociales y el alto concepto en que se tenía a la limosna y a la caridad cristiana como obra redentora por excelencia, los monasterios serían un foco de salvación universal, pero salvación jerarquizada, según el mérito de cada uno. Así, las monjas se salvarían por el ascetismo y por el ejercicio de la virtud, (no como personas individuales, no como la monja, fulanita de tal), los ciudadanos por contribuir, mediante la caridad, al sostenimiento de los conventos y la madre Teresa porque hacía posibles las salvaciones anteriores. Por esto a Santa Teresa lo que más le interesaba era el hecho de *la fundación*, que ponía en marcha el mecanismo de salvación universal, lo demás venía como una consecuencia lógica. Por ello, la historia personal de cada monja tendría poco interés para sus contemporáneos, tanto por razones de salvación como por razones de estructuración social rígida. (Perdonen la insistencia).

Una segunda causa de la falta de estas relaciones obedecería que al sector elitista de la sociedad no le interesaba mezclarse con el pueblo, con las simples monjas, porque de algún modo se subvertiría el orden social y a Santa Teresa, mujer perspicaz y de empresa, le convenía estar a bien con el sector dominante porque de él iba a sacar pingües beneficios. Y le interesaba estar a bien, máxime cuando el fin último del proceso de salvación de las almas estaba a salvaguarda, o mejor, en marcha, como acabamos de indicar.

Toda esta argumentación anterior no significa que Santa Teresa se desentendiera de sus monjas, ni mucho menos. Basta repasar lo referente a la fundación de Salamanca para advertir que las inquietudes, incomodidades y padecimientos de las monjas le atormentaban: «Sentí harto ver lo que estas hermanas padecieron aquí.»⁽¹⁾

Santa Teresa se interesaba por sus monjas porque las quería, porque vivía su problema humano, pero ante la sociedad las cosas aparecían de distinta manera y aunque despreciase el mundo vulgar de las apariencias, siempre tuvo que sacrificar determinadas actitudes y si no lo hubiese hecho no habría triunfado.

Por otro lado, y progresando un poco en nuestro análisis hay que hacer notar que las relaciones que mantuvo con las aspirantes a monjas son, tal vez, más intensas que las que aparecen con las monjas. Y esto obedece a varias razones, todas ellas en relación con su origen judío y con su mentalidad práctica.

Cuando en Medina, en Toledo, en Segovia, en Beas, en Caravaca y en Villanueva de la Jara se ocupa de las aspirantes a monjas lo hace, sin perder de vista el fin último de la salvación de las almas, pero pensando en que de éstas (al decir éstas entiendo las aspirantes) puede sacar buenas dotes, y este dinero (mentalidad judía y práctica) le va a permitir hacer frente a muchísimos gastos que conllevaba la empresa de las fundaciones.

En un trabajo anterior nuestro en que también nos ocupábamos del tema concluíamos que la paradójica poca atención que dedica a las monjas no sería tal ya que había razones poderosas para hacerlo así: Ni se podían violentar las normas de convivencia derivadas de la estructuración de la sociedad en clases, ni su inclusión resultaría esencial para el relato de *Las Fundaciones*, ni sus ejemplos de vida (los de las monjas), aportarían mucho en orden a la salvación universal, sobre todo si estos ejemplos individuales se comparaban con las posibilidades que cada nueva fundación ofrecía para el ejercicio de la caridad cristiana. Por si estas razones fueran pocas hay otra intrínseca a la que no se podría sustraer fácilmente Santa Teresa porque forma parte de su personalidad, conformada, sobre todo, por la herencia y por el ambiente en el que se educó. Nos referimos al hecho de ser de origen judío. Es más, el condicionamiento de la raza no sólo influiría en el carácter de las relaciones con las monjas sino que tendría un alcance mucho mayor, tanto que estamos convencidos de que la historia de las fundaciones no sería realidad si la empresa no hubiese corrido a cargo de un judío, como Santa Teresa, o de alguien, que sin serlo, no estuviese mentalizado, por educación, en los principios, caracteres y disposición para el comercio como lo estaban los judíos.

Esta mentalidad judía de la que venimos hablando es la que le hace adoptar una actitud feminista y favorable hacia las ciencias y las letras. El feminismo de Santa Teresa no es respetuoso con las costumbres sociales de la época, sino que procura cambiarlas. La mujer, y por consiguiente las monjas Descalzas, debe liberarse mediante la virtud cristiana, debe desterrar de sus mentes la ignorancia para que su espíritu esté libre de las ataduras que sujetan a quienes no han cultivado la inteligencia: «estas cosas e ignorancias no las tendrán los letrados. (...) Más para nosotras las mujeres, de todas estas ignorancias nos conviene ser avisadas». (2)

La misma mentalidad es la que explica las relaciones personales que mantuvo con el clero en donde hay que distinguir las habidas con el clero llano: clérigos, capellanes, etc.; relaciones que no son excesivamente intensas, y las mantenidas con los confesores y el alto clero, o autoridades eclesiásticas con las que necesariamente trataba asuntos complicados sobre el largo y espinoso problema de las fundaciones.

De entre todas ellas destacamos el peso específico de las relaciones con los confesores a quienes exige que sean *buenos siervos de Dios* y que *tengan muchas letras*, es decir, *virtud y sabiduría*. Así de Domingo Bañes dice que es «muy gran siervo de Dios» y que «tiene muchas letras y discreción». (3) Las mismas cualidades se advierten en los confesores que tenía al fundar Malagón y Salamanca. (4) En las fundaciones de Caravaca, Villanueva de la Jara y Soria vuelve a repetir lo de «letrados» y «siervos de Dios». (5) En suma, que las relaciones personales con aspirantes a monjas y con sus con-

fesores, según se desprende del análisis hecho, responden a pautas y formas de vida usuales entre los judíos porque si en alguna cosa están conformes los historiadores es en atribuir a este pueblo buenas dotes para los negocios y una especial preparación científica que se traducía en una valoración de la inteligencia y en el cultivo de los diversos saberes.

Si progresamos un paso más en nuestro análisis deberíamos concluir que las relaciones personales de Santa Teresa ponen de relieve el carácter testimonial de la Santa como persona cualificada, integrante de una colectividad que vive al margen. En relación con esto último y en el mismo trabajo al que me referí antes decía que su visión de la sociedad y de las estructuras sociorreligiosas de la época tiene un valor similar al de la picaresca en el campo socio-económico. Y que quizá, desde esta perspectiva puede explicarse también su feminismo, porque no es fácil sustraerse el impulso de defender a la mujer como ser marginado, cuando se procede de un pueblo cuya raza lo está y es perseguida.

Sin duda las relaciones personales más frecuentes en *Las Fundaciones* son las que mantiene con personas seglares. Forman un entramado, sin rupturas, a lo largo de todas las fundaciones que llevó a cabo Santa Teresa y hay casos, como el de Toledo o Sevilla, en los que aparecen seis personas o grupos de personas seglares colaborando, de algún modo, en la empresa de la fundación. A este grupo de personas se debe, en realidad, la materialización, la ejecución de las diversas fundaciones ya que no sólo aportaban su concurso personal de múltiples modos, sino que contribuían y se hacían cargo de casi todo el coste económico.

Dentro de la dificultad que supone estructurar en capas sociales a las personas concretas con las que se relaciona porque a veces Santa Teresa no da datos, ni siquiera indicios suficientes, hemos intentado una aproximación según la cual nos encontraríamos con que la fundadora mantiene relación:

- 1.- Con un 4 % aproximadamente de personas pobres.
- 2.- Con un 12 % aproximadamente de mercaderes. (Ricos o hacendado en su mayoría).
- 3.- Con un 20 % aproximadamente de nobles o de personas que rondaban la nobleza con título.
- 4.- Con un 27 % aproximadamente de personas de fortuna media, ni ricos, ni pobres.
- 5.- Con un 37 % aproximadamente de personas que *parece* que son hacendadas o ricas.

Consideradas estas cifras, independientes de cualquier reparto de la población en el siglo XVI, dejan ver, a las claras, que Teresa de Jesús se rodeó de personas con dinero y de nobles de holgada posición económica ya que se citan algunos señores como el duque de Alba y su mujer, el príncipe Ruy Gómez, la princesa de Eboli y el duque de Medinaceli.

Esto significa, sencillamente, que Santa Teresa sabía perfectamente adonde tenía que acudir si quería sacar adelante su empresa. Era una monja inteligente y por tanto no se le ocultaba que en una sociedad, como la española de la época, si se quiere progresar, si se quieren abrir conventos, es necesario acudir a quienes tienen el prestigio y el dinero. Santa Teresa, era práctica e iba derecha a la consecución de los fines propuestos. No se trata, en absoluto, de que Santa Teresa despreciase al pueblo, a las clases menos pudientes. Hay un refrán que dice que «no se pueden pedir peras al olmo» y Teresa de Jesús sabía que no se podía pedir al pueblo ni dinero, porque no lo tenía, ni influencias, porque el honor, el prestigio social y los privilegios estaban en otras manos.

Aunque la cita sea un poco larga y sus autores, Luis Rodríguez y Teófanos Egido, hayan enfocado el tema en otro sentido, nos parece que el análisis de los destinatarios de su correspondencia y los comentarios «ad hoc» son sumamente esclarecedores para cuando llevamos dicho referido a sus relaciones en las fundaciones de conventos. Lo paradójico del caso es que, a pesar de que Rodríguez y Egido afirman que el análisis de los destinatarios de su correspondencia no aclara nada en torno a las actitudes sociales de Santa Teresa, a renglón seguido escriben taxativamente: «Se registra la ausencia de sectores ínfimos, es indudable; pero ello obedece a que el epistolario está vertido sobre los problemas y las personas relacionadas con el origen de una reforma de inspiración burguesa y con la que poco o casi nada tuvieron que ver los pobres. Además, ¿cómo iba a cartearse la fundadora con aquellos pobres que no sabían leer ni podían pagar el relativamente elevado coste de los portes?» (Según la nota a pie de página, siguiendo a Domínguez Ortiz, afirman que recibir mucha correspondencia era ruinoso y que por esta razón los pobres casi nunca escribían). Y continúan: «Con este salvedad, todos los órdenes sociales restantes aparecen representados, aunque sea por motivos muy diferentes, en los destinatarios de las cartas de Santa Teresa: burgueses, como el hombre de negocios, bien conocido por la historia, Simón Ruiz; mercaderes sin tanto empaque, pero hacendados, como Alonso Alvarez, Avila o el quisquilloso Diego Ortiz de Toledo; caballeros urbanos como Salcedo o rurales como Cristóbal Rodríguez de Moya; hidalgos venidos a menos como Teresa Laiz, Antonio Gaitán; aristócratas tan cualificados como los duques de Alba, doña María de Mendoza, doña Luisa de la Cerda; los canónigos Reinoso y Salinas; miembros del alto clero como don Alvaro de Mendoza, don Teutonio de Braganza o el Inquisidor General don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo; el mismo rey Felipe II. Todos son ejemplos, aunque notables, que evidencian el abanico social con el que la Madre contactó epistolamente, ya fuese por negocios, por amistad o por necesidad». (Véase en *Introducción a la lectura de Santa Teresa* el capítulo titulado «Epistolario», Madrid, Espiritualidad, 1978, p. 461). (El cuadro que sigue también tiene la misma procedencia).

Cartas de Santa Teresa. Destinatario	Núm. de cartas	%
P. Gracián	94	21,3 %
María de San José	62	14 %
Don Lorenzo de Cepeda	18	4 %
María Bautista	18	4 %
P. Mariano de S. Benito	16	3,6 %
Doña Juana de Ahumada	15	3,4 %
Roque de Huerta	15	3,4 %
Doña Luisa de la Cerda	7	1,5 %
Don Alvaro de Mendoza	6	1,3 %
Jerónimo Reinoso	6	1,3 %
Diego Ortiz	6	1,3 %
D. Teutonio de Braganza	6	1,3 %
Doña María de Mendoza	5	1,1 %
Doña Inés Nieto	5	1,1 %
Dionisio Ruiz de la Peña	5	1,1 %
Don Francisco Salcedo	5	1,1 %

En un análisis más completo de las relaciones con personas civiles, hemos de tener en cuenta que la nobleza en la época «goza de un prestigio social y de una posición económica preponderante. *Forman una minoría*, pero una minoría que ocupa el primer lugar en casi todos los aspectos: propiedad del suelo, riqueza, honores, (...) No constituye todavía una casta totalmente cerrada; existe una movilidad social que le permite a un mercader rico, a un letrado, por ejemplo, acceder en ciertas condiciones a la hidalguía...»

El segundo escalón, entre los privilegiados, lo ocupa el clero que constituye un grupo muy heterogéneo con un 5 % ó 10 % de la población.

El alto clero —arzobispos y obispos— en número de cincuenta, suele tener elevados ingresos, mientras que el bajo clero —párrocos y clérigos— no solía poseer ni muchos ingresos, ni mucho nivel intelectual ni moral.

De los párrafos anteriores se desprende que la nobleza civil más el alto clero no pasan de ser una minoría que controla la mayoría de la riqueza.

«Todos los que no pertenecían a los estamentos privilegiados eran considerados pecheros, o sea, obligados a contribuir en los servicios o impuestos directos. Formaban la inmensa mayoría, el 80 u 85 % de la población. Ahora bien, este sector cubría realidades muy diversas, desde los ricos mercaderes de Burgos, hasta los miserables braceros y jornaleros del campo. (...) Los (...) tales mercaderes constituían una burguesía poderosa, dinámica, que competía con la nobleza en lujo y fasto; tenía influencia económica, pero le faltaba el prestigioso social que en aquella época era sólo reservado al estamento nobiliario.

(...) Lo mismo cabe decir de los letrados que tan importante lugar ocupaban en la administración o las actividades liberales.

(...) Una capa más modesta estaba formada por los mercaders que vendían al detalle (...) Por fin, estaban los criados, los mozos y jornaleros que completaban la población urbana. (...) (Pero) en realidad, más del 80 % de la población de España vivía en el campo, en condiciones muchas veces durísimas. Se calcula que las tres cuartas partes del suelo castellano pertenecían a señores laicos o eclesiásticos». ⁽¹⁷⁾

De todos estos datos se concluye que la población civil desposeída no bajaba del 80 % y que la rica no llegaba probablemente al 10 %, nunca al 15 %.

Santa Teresa concretamente se relaciona con un 4 % de personas pobres, si bien podemos ampliar el grupo hasta la dudosa cifra —por exagerada— del 31 %, incluyendo el 27 % de personas de fortuna media.

Las relaciones con el sector rico o acomodado se cifran en un 69 %.

Se podrían introducir unos coeficientes o factores de corrección en el sentido de que Teresa de Jesús no daría cuenta en *Las Fundaciones* de algunos de los contactos mantenidos con personas del pueblo por ser menos trascendentes para su historia, pero en cualquier caso parece claro que las fundaciones de conventos de monjas Delcalzas fueron una empresa elitista y llevada a cabo con una enorme capacidad de dominio de los resortes de la economía capitalista. (Con terminología moderna).

Aunque no es el dato más llamativo, el 12 % que suponen las relaciones con mercaderes viene a apoyar nuestras reiteradas argumentaciones de que el espíritu de Santa Teresa era mercantilista y similar, según las noticias que nos transmite la Historia, al del sector de judíos conversos.

Aparte de todas estas conclusiones podríamos aventurarnos a insinuar que la política seguida por Teresa de Jesús en *Las Fundaciones* corre pareja con la del despotismo ilustrado. Santa Teresa hizo todo para las monjas, para las mujeres del pueblo, pero sin el pueblo, únicamente con el concurso de los nobles (a los que por otra parte, despreciaba) de los mercaderes y de las dignidades eclesiásticas.

Teófanos Egado ⁽⁸⁾ estudia la actitud de Santa Teresa hacia la aristocracia a la vez que da su opinión en el sentido de que las «relaciones con la nobleza se mantuvieron más o menos cordiales, y a tono con las circunstancias, aunque casi nunca desinteresadas por ninguna de las dos partes». A nosotros nos parece que, por parte de Santa Teresa, estas relaciones son un ejemplo más de su mentalidad judía, mercantilista y práctica.

Santa Teresa sabía, como monja inteligente que era, que para sacar adelante una empresa de la envergadura de la suya se necesitaba capital y éste no estaba en el pueblo.

¿Por qué, pues, las relaciones con el pueblo son muy limitadas?. No, en



absoluto, porque despreciase al pueblo, a las clases menos pudientes, sino porque para la consecución de los fines propuestos, para llevar a cabo las fundaciones y el programa de salvación universal de las almas tenía que acudir a la nobleza. Y así lo hizo, aunque no la apreciase demasiado.

Por mentalidad, relaciones y posibilidades lo que verdaderamente le interesó es la burguesía.

NOTAS

- 1.- Santa Teresa: *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 795.
- 2.- *Las Fundaciones*, op. cit., p. 715.
- 3.- *Las Fundaciones*, op. cit., p. 716.
- 4.- Véase *Las Fundaciones*, op. cit., p. 748 y p. 793.
- 5.- Véase *Las Fundaciones*, op. cit., p. 841 y p. 847 y p. 869.
- 6.- Joseph Pérez: «Economía y sociedad», «Historia 16», Extra XVIII, pp. 36-39. (Los subrayados son míos)
- 7.- *Ibid.*, pp. 42-46.
- 8.- Véase el capítulo de Teófanos Egido titulado «Ambiente histórico» que aparece en el libro *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, Madrid, Espiritualidad, 1978.